

La advertencia de Juan Pablo II, diez años atrás

Revista Cultura Económica
Año XXVI / XXVII • N° 73 / 74
Diciembre 2008 / Mayo 2009: 73-77

Discurso a los dirigentes y miembros de la fundación “Centesimus Annus, Pro Pontífice”

Sábado 11 de septiembre de 1999

Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; ilustres señoras y señores:

Me alegra encontrarme nuevamente con vosotros, distinguidos miembros de la fundación “Centesimus annus, pro Pontífice”, que habéis venido aquí con vuestros familiares. Saludo a monseñor Agostino Cacciavillan, presidente de la Administración del patrimonio de la Sede apostólica, a quien agradezco las amables palabras que me ha dirigido. Saludo, asimismo, a monseñor Claudio Maria Celli, secretario de esa misma Administración, a monseñor Daniele Rota y a don Massimo Magagnin, asistentes nacionales, y a los demás eclesiásticos presentes. Os doy una cordial bienvenida a todos vosotros, que no habéis querido faltar a esta cita.

Os reunisteis por última vez el pasado mes de febrero, pero habéis sentido la exigencia de hacerlo una vez más en vísperas del Año Santo 2000. En efecto, el jubileo constituye una gran cita eclesial, en la que vuestra fundación está llamada a colaborar, en el marco del *Jubileo del mundo del trabajo*, para preparar el sector de los agentes financieros. Al tiempo que os agradezco vuestra disponibilidad, os felicito porque, precisamente con vistas a ese acontecimiento, habéis decidido oportunamente profundizar para el próximo año el tema: “Ética y finanzas”. Conozco vuestro propósito de organizar un congreso internacional sobre ese tema en vísperas de la jornada jubilar. Veo con agrado esa importante iniciativa, y espero que dé abundantes frutos.

Además, hoy habéis querido escuchar a monseñor Mirosław Marusyn, secretario de la Congregación para las Iglesias orientales, que os ha hablado ampliamente de mi reciente viaje apostólico a Rumanía y de las numerosas necesidades espirituales y materiales que afectan a la vida de las comunidades católicas orientales.

Ilustres señoras y señores, por vuestra experiencia diaria habéis podido comprobar que, dentro del amplio fenómeno de la globalización, que caracteriza el actual momento histórico, la llamada “financierización” de la economía es un aspecto esencial y cargado de consecuencias. En las relaciones económicas, las transacciones financieras ya han superado en gran medida a las reales, hasta el punto de que el ámbito de las finanzas ha adquirido ya una autonomía propia.

Este fenómeno plantea nuevas y arduas cuestiones también desde el punto de vista ético. Una de éstas atañe al problema de la relación entre riqueza producida y trabajo, por el hecho de que hoy es posible crear rá-

pidamente grandes riquezas sin ninguna conexión con una cantidad definida de trabajo realizado. Es fácil comprender que se trata de una situación bastante delicada, que exige una atenta consideración por parte de todos. En la encíclica *Centesimus annus*, tratando la cuestión de la “creciente internacionalización de la economía”, recordé la necesidad de promover “órganos internacionales de control y de guía válidos, que orienten la economía misma hacia el bien común” (n. 58), teniendo en cuenta también que la libertad económica es sólo uno de los elementos de la libertad humana. La actividad financiera, según características propias, debe estar ordenada a servir al bien común de la familia humana. Sin embargo, hay que preguntarse cuáles son los criterios de valor que deben orientar las opciones de los agentes, incluso más allá de las exigencias de funcionamiento de los mercados, en una situación como la actual, en la que aún falta un marco normativo y jurídico internacional adecuado. También es preciso preguntarse cuáles son las autoridades idóneas para elaborar y proporcionar esas indicaciones, así como para velar por su aplicación.

Un primer paso corresponde a los mismos agentes, que podrían dedicarse a elaborar códigos éticos o de comportamiento, vinculantes para este sector. Los responsables de la comunidad internacional están llamados, asimismo, a adoptar instrumentos jurídicos idóneos para afrontar las situaciones cruciales que, si no se controlan, podrían tener consecuencias desastrosas no sólo en el ámbito económico, sino también en el social y político. Y, ciertamente, los más débiles serían los primeros en pagar las consecuencias, y los que más pagarían.

La Iglesia, que es maestra de unidad y por su vocación camina con los hombres, se siente llamada a tutelar sus derechos, con constante solicitud especialmente por los más pobres. Con su doctrina social presta su ayuda para la solución de esos problemas que, en varios sectores, influyen en la vida de los hombres, consciente de que “aun cuando la economía y la disciplina moral, cada cual en su ámbito, tienen principios propios, a pesar de ello es erróneo que el orden económico y el moral estén tan distanciados y ajenos entre sí, que bajo ningún aspecto dependa aquél de éste” (Pío XI, *Quadragesimo anno*, 42). El desafío se presenta arduo, por la complejidad de los fenómenos y la rapidez con que surgen y se desarrollan.

Los cristianos que trabajan en el sector económico y, particularmente en el financiero, están llamados a descubrir caminos adecuados para cumplir este deber de justicia, que para ellos es evidente por su enfoque cultural, pero que pueden compartir todos los que quieran poner a la persona humana y el bien común en el centro de cualquier proyecto social. Sí, todas vuestras operaciones en el campo financiero y administrativo deben tener siempre como objetivo no violar jamás la dignidad del hombre, construyendo con este fin estructuras y sistemas que favorezcan la justicia y la solidaridad para el bien de todos.

Por otra parte, hay que añadir que los procesos de globalización de los mercados y de las comunicaciones *no* poseen *por sí mismos* una connotación éticamente negativa, y, por tanto, no se puede tomar frente a ellos una actitud de condena sumaria y *a priori*. Sin embargo, los que aparecen en principio como factores de progreso pueden producir, y de hecho ya lo hacen, consecuencias ambivalentes o decididamente negativas, especialmente en perjuicio de los más pobres.

Por consiguiente, se trata de constatar el cambio y hacer que contribuya al bien común. La globalización tendrá efectos muy positivos si se apoya en un fuerte sentido del valor absoluto de la dignidad de todas las personas humanas y del principio según el cual los bienes de la tierra están destinados a todos. Hay espacio, en esta dirección, para trabajar de modo leal y constructivo, también dentro de un sector muy expuesto a la especulación. A este propósito, no basta respetar leyes locales o reglamentos nacionales; es necesario un sentido de justicia global, que corresponda a las responsabilidades que están en juego, constatando la interde-

pendencia estructural de las relaciones entre los hombres más allá de las fronteras nacionales.

Mientras tanto, es muy oportuno apoyar y fomentar los proyectos de “finanzas éticas”, de microcrédito y de “comercio equitativo y solidario”, que están al alcance de todos y poseen también un valor pedagógico positivo, orientado a la corresponsabilidad global.

Nos hallamos en el ocaso de un siglo que ha experimentado, también en este campo, cambios rápidos y fundamentales. La inminente celebración del *gran jubileo del año 2000* representa una ocasión privilegiada para una reflexión de amplio alcance sobre esta problemática. Por eso, doy las gracias a vuestra fundación “Centesimus annus”, que ha querido orientar sus trabajos a la luz del gran acontecimiento jubilar, teniendo en cuenta la perspectiva que indiqué en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*. En efecto, escribí que “el compromiso por la justicia y por la paz en un mundo como el nuestro, marcado por tantos conflictos y por intolerables desigualdades sociales y económicas, es un aspecto sobresaliente de la preparación y de la celebración del jubileo” (n. 51).

Queridos hermanos, habéis comprendido que el año jubilar os invita a dar vuestra contribución específica y cualificada para que la palabra de Cristo, que vino a evangelizar a los pobres (cf. *Lc 4, 18*), encuentre acogida. Os apoyo cordialmente en esta iniciativa, con el deseo de que, gracias al jubileo, madure “una nueva cultura de solidaridad y cooperación internacionales, en la que todos, especialmente los países ricos y el sector privado, asuman su responsabilidad en un modelo de economía al servicio de cada persona” (*Incarnationis mysterium*, 12).

Con estos sentimientos, mientras os deseo de todo corazón que la fundación crezca, para que brinde una colaboración cada vez más eficaz a la Santa Sede y a la Iglesia en la obra de la nueva evangelización y en la instauración de la civilización del amor, encomiendo todos vuestros proyectos e iniciativas a María, Madre de la esperanza.

Os acompañe y sostenga también mi bendición, que, complacido, os imparto a vosotros y a todos vuestros seres queridos.

Speech to the leaders and members of the “Centesimus Annus, Pro Pontifice” Foundation

Saturday, 11 September 1999

Venerable Brothers in the Episcopate and the Priesthood, Ladies and Gentlemen,

I am pleased to be with you again, dear members of the “Centesimus Annus Pro Pontifice” Foundation, who have gathered here with their family members. I greet Archbishop Agostino Cacciavillan, President of the Administration of the Patrimony of the Apostolic See, whom I thank for the kind words he addressed to me. With him I also greet Archbishop Claudio Maria Celli, Secretary of the same Administration, Mons. Daniele Rota and Fr Massimo Magagnin, national chaplains, and the other ecclesiastics present. I extend a cordial welcome to all of you who did not wish to miss this gathering.

The last time you met was just last February, but you felt the need to meet again with the approach of the Holy Year 2000, for the Jubilee is a great ecclesial event in which your Foundation is called to collaborate, in the context of the *Jubilee of the World of Work*, to prepare for those who work in the financial sector. As I thank you for this willingness, I am pleased that, precisely in view of this event, you have

opportunistically decided next year to study the theme: “*Ethics and Finance*”. I am aware of your intention to organize an international congress on this subject on the eve of the Jubilee day. I appreciate such an important initiative and hope that it will bear abundant fruits.

Today, then, you wished to devote ample time to hearing Archbishop Miroslav Marusyn, Secretary of the Congregation for the Oriental Churches, who spoke to you about my recent Apostolic Visit to Romania and of the many spiritual and material needs affecting the Eastern Catholic communities.

Distinguished ladies and gentlemen, in your daily experience you can see how, within the pervasive phenomenon of globalization that marks this historical moment, an essential aspect and one fraught with consequences is the so-called “financialization” of the economy. In economic relations, financial transactions have already greatly exceeded real ones, so much so that the financial sphere has now acquired an autonomy of its own.

This phenomenon poses new and difficult questions from the ethical standpoint. One of these issues is the problem of the relationship between wealth produced and work, due to the fact that it is possible today for great wealth to be rapidly created without a definite amount of work being done. It is clear that this is a very delicate situation which requires careful consideration by everyone.

When dealing with the question of the “globalization of the economy” in the Encyclical *Centesimus annus* (n. 58), I called attention to the need to promote “international agencies which will oversee and direct the economy to the common good”, while also remembering that economic freedom is only one of the elements of human freedom. Financial activity, in accordance with its own characteristics, must be directed to serving the *common good* of the human family.

One does wonder, however, which value criteria should guide the decision of financial operators, even over and above the functional requirements of the markets, in a situation such as that of the present day where there is still no adequate international normative and juridical framework. And again: what are the appropriate authorities for preparing and providing such guidelines as well as for controlling their implementation?

A first step must be made by financial operators themselves, who could try to prepare *ethical or professional codes* that would be binding for the sector. Those responsible for the international community are called, then, to adopt *appropriate juridical instruments* for dealing with critical situations that, if not “regulated”, could have disastrous consequences not only within the economic sphere, but also in social and political life. And certainly the weakest would be the first to pay and would pay the most.

The Church, who is a teacher of unity and because of her vocation walks with men and women, feels called to defend their rights, with constant concern especially for the poorest. With her social doctrine she offers her assistance in solving those problems which in various sectors affect human life, aware that “even if the economy and moral teaching, each in its own sphere, are based on their own principles, it would be an error to say that the economic order and the moral order are so different and unrelated to each other that the first does not in any way depend on the second” (Pius XI, *Quadragesimo anno*, n. 42). The challenge appears difficult, due to the complexity of the phenomena at issue and the speed with which they arise and develop.

Christians who work in the economic sphere and, in particular, in the financial sector are called to identify viable ways to fulfill this duty of justice, which is clear to them because of their cultural background, but which can be shared by anyone who wishes to place the human person and the common good at the centre of every social project. Yes, the objective of all your activity in the financial and

administrative field must always be never to violate the dignity of man and, for this reason, to build structures and systems that will foster justice and solidarity for the good of all.

It should also be added that the processes which are globalizing markets and communications do not in themselves possess an ethically negative connotation, and therefore a summary and *a priori* condemnation of them is not justified. However, those processes that, in principle, appear as factors of progress can have, and in fact already have had, ambivalent or decidedly negative consequences, especially to the detriment of the very poor.

It is therefore a question of acknowledging this turning point and of seeing that it is directed to the advantage of the common good. Globalization will have many positive effects if it can be sustained by a strong sense of the absoluteness and dignity of all human persons and of the principle that earthly goods are meant *for everyone*. There is room in this direction to operate in a fair and constructive way, even within a sector that is much subject to speculation. For this it is not enough to respect local laws or national regulations; what is necessary is a sense of global justice, equal to the responsibilities that are at stake, while acknowledging the structural interdependence of the relations between human beings over and above national boundaries.

Meanwhile, it is very opportune to support and encourage those projects of “ethical finance”, microcredit and “fair and equitable trade” which are within everyone’s reach and possess a positive and even pedagogical value for global co-responsibility.

We are at the close of a century that has undergone rapid and fundamental changes in this field as well. The imminent celebration of the *Great Jubilee of the Year 2000* is a particular opportunity to reflect extensively on this problem. I am therefore grateful to your “*Centesimus Annus*” Foundation, which wished to organize its work in the light of the great Jubilee event, while taking into account the perspective that I indicated in the Apostolic Letter *Tertio millennio adveniente*, where I wrote that “a commitment to justice and peace in a world like ours, marked by so many conflicts and intolerable social and economic inequalities, is a necessary condition for the preparation and celebration of the Jubilee” (n. 51).

You have understood, dear friends, that the Jubilee year invites you to make your specific, professional contribution, so that the word of Christ, who came to evangelize the poor (cf. *Lk* 4: 18), will find a ready response. I cordially encourage you in this initiative, with the wish that, as a result of the Jubilee, there may be “a new culture of international solidarity and cooperation, where all –particularly the wealthy nations and the private sector– accept responsibility for an economic model which serves everyone” (Bull of Indiction *Incarnationis mysterium*, n. 12).

With these sentiments, as I wholeheartedly wish that the Foundation will grow, so that it can ever more effectively work with the Holy See and the Church in the new evangelization and in promoting the civilization of love, I entrust your every project and every initiative to Mary, the Mother of Hope.

May you also be accompanied and sustained by my Blessing, which I willingly impart to you and to all your loved ones.